

Melilla

Colaboración

JUAN J. ARANDA



LA HISTORIA DE UNA REBEQUITA, BECAS Y AYUDAS AL ESTUDIO

CUANDO yo tenía la Comunión cumplida, en el Colegio de Ataque Seco, hoy España, repartían cada mañana la ración de leche en polvo y el trozo de queso, que si se tomaban en ayunas, y sin pan, como hacían muchos chavales, al poco rato se iban de vareta con su correspondiente caglera. Aquél año también entregaron a los niños unas rebecas muy feas, color mierda de gato, con gordos botones. Recuerdo que en mi colegio el conserje iba entregando a cada niño de la fila, su correspondiente rebequita, poniéndose ellos más contentos que unas Pascuas. Pero cuando se acercó a mí, el hombre, que me conocía del barrio, me acarició la cabeza y me dijo: “A ti no te hace falta, hijo”. En aquél momento sentí como si me hubieran dado un bofetón en toda la cara. Al llegar a mi casa, con la cartera de cuero al hombro, que me había hecho el guarnicionero de la calle Castelar, llorando y con un mosquito de cojones, mi madre, a fuerza de caricias, se enteró del motivo de mis lloros. Entonces me dijo: “Hijo, tú no te preocupes que esas prendas se las habrán entregado a los niños que las necesitan más que tú”. Pero claro, yo adivinaba que en su interior mis lágrimas le dolían mucho más que a mí, porque no me habían dado nada. Al día siguiente, se puso el vestido de ir a misa, y muy repeinaíta, trincó a su Juaneles de la mano, y juntos se plantaron ante D. Domingo Pérez Morán. Este hombre, a la pregunta de mi madre el motivo de que a mí no me entregaran la rebequita, le contestó que cómo me



Escolares tomando leche en la puerta de un colegio.

CEDIDA

iban a dar a mí esa prenda, si cada día venía vestido hecho un pincel, y no como otros chicos (como era de Valladolid, decía chicos, en vez de niños o chavales) que llegaban con alpargatas medio rotas, con piojos, y poco aseados. Entonces a ella, le salió la “vena” de lo que aprendió de niña con el anciano D. Alfredo, antiguo “maestro de la aguja y reputado sastre de portal”; indicándole que la sahariana que yo llevaba puesta con bolsillos de parches, era de un resto del uniforme postal de su padre, mi abuelo, que también fue Cartero Urbano, y que ella primorosamente lo había arreglado a mi talla. Ante la sucinta explicación de mi madre, D. Domingo se fue para un armario, y muy paternal me entregó al fin el gran trofeo: la ansiada rebequita. Después de la despedida, a continuación, subiendo ambos por la calle Tarragona, al llegar a la de Martín Galindo, esquina con Castellón de la Plana había un hombre, junto a un niño, vendiendo chumbos que cargaban en dos cubos sin borriquito; y mi madre viendo a ojo la talla del chava, le dijo: “Anda, hijo ponte

esta rebequita, que es para ti”. Cuando el niño se vió con la prenda puesta, y la sonrisa aflorándole en sus ojos el padre, queriendo agradecer el obsequio, quiso regalarnos un puñado de chumbos, pero mi madre le dijo que eso era para su hijo, y no a cambio de chumbos.

Y aquí me tienen a Juaneles, que no sabía qué decir: Si llorar porque había perdido su ansiada rebequita, o sonreírle a mi madre por la lección magistral y tan sublime que acababa de darme. Esto último es lo que siempre llevo como recuerdo en lo más hondo de mi alma: ¡Ay! mi pobre Mariquita, mi mamá del alma.

También releendo las Actas del Ayuntamiento de abril y septiembre de 1945, pocos años antes del suceso de la rebequita, color mierda de gato, siempre me asombran las concesiones de becas que les daban a muchos jóvenes de Melilla. Por ejemplo: 2.000 ptas, para el estudio de aparejador; 500 ptas para la obtención del título de Maestro de 1ª Enseñanza; 2.000 para cada uno de dos que estudiaban medicina, más 600 para gastos de

viaje; 3.000 para el que estudiaba derecho; otras 3.000 para el de química, que luego montó una farmacia; 2.500 para el de veterinaria; 2.200 para que el estudiante de Aduanas se desplazase a la Península. Creo si usted, querido lector, leyera algunos de esos nombres y apellidos que les fueron concedidas esas becas y bolsas de estudio, se extrañaría muy mucho al comprobar que la mayoría de ellos tenían unos apellidos muy nombrados en la ciudad, como también eran gente de posibles, o sea, gente con pasta.

A los hijos de los “tiesos”, en los colegios de balde, o nacionales: Leche en polvo y queso en barra cuadrilonga, y de vez en cuando rebequitas mal confeccionadas, con el color de mierda de gato y se acabó. Y si el niño, hijo de uno de estos “tiesos”, iba limpiito, eran solo buenas palabras; pero eso sí, muy paternales y caricias en el pelo con aquéllo de: “Su hijo vale un potosí, señora, tiene mucho futuro”.

Ahora yo les diría a todos ellos: ¡váyanse a la mierda!, sí hombre, sí: ¡a la mismísima mierda!

Opinión

SANTIAGO MONTOBBIO



MONTSERRAT EN ITALIA

A YER, Montserrat en Italia en la Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi. Francesc Fontbona habla de cuánto le ha sorprendido este libro. Que sabía de la doble iglesia que había en Roma, dos iglesias nacionales de España, la de San Giacomo degli Spagnoli y la de Montserrat. Responde a una realidad profunda y es la de que España es plural o cuando menos bicéfala. Así recuerda cómo por ejemplo había dos cardenales primados, el de Toledo y el de Tarragona. Dice que al de Tarragona fueron cortándole las alas. El autor del libro explicará con más detalle la unificación de las dos iglesias y que aunque quede la de Montserrat la Virgen será relegada del altar y llevada a las afueras. Parte de los frescos que había en San Giacomo degli Spagnoli son de la Academia, se los donó Isabel

II. Esta Academia que se llama Catalana por el segundo conde de Güell, como en otro momento y como en un aparte nos dirá Francesc Fontbona. Y Montserrat en Italia, no sólo en Roma. Sicilia, claro está, con un especial peso. La ciudad más montserratina es Palermo, donde hay dos capillas de Montserrat muy próximas, y en total siete u ocho. En Catania una revista de larga trayectoria llamada Montserrat. La unión e identificación con Cataluña es tanta que a la Virgen de Palermo, la de la primera iglesia que fundaron los de la colonia catalana allí, se le llamó Santa Maria dei catalani, y así en general se le sigue conociendo. Como se sigue celebrando su fiesta en la mayoría de los pueblos aún el 8 de septiembre, el día de las Vírgenes encontradas— así siempre lo decía y recordaba mi madre. Que me trajo al mundo el día de Montserrat, pero ya el 27 de abril, el que se decidió fuera cuando por su coronación canónica tuvo ya derecho a festividad propia. Montserrat en Italia pero también en mí. Como por devoción a ella mi padre le encomendaba la venida de sus hijos. Y así fue. Montserrat en Italia, también en el norte -Milán. Y con especial vigor y fuerza en Cerdeña, con lodi, la versión italiana de los goigs catalanes. Se tiene como una señal de identidad sarda. El pueblo en que copiaron los gremios medievales de Barcelo-



Reial Acadèmia Catalana de Belles Arts de Sant Jordi.

CEDIDA

na, sus estatutos en catalán mismo, y hacen una gran procesión con bailes los sardes ese 8 de septiembre. Día de las Vírgenes encontradas. Qué no encontraremos

en Italia, y adentro de la fe. Qué no encontraremos en el amor profundo. Cómo nos dirá él hasta la muerte y aun después de la muerte.